

SEGUNDA PARTE

LA PRUEBA REINA

Gisela Sofía Posada Mejía

Comunicadora Social–Periodista de la Universidad de Antioquia.

Un olor extraño invade la casa cuando las mujeres en tacones desfilan con su ropa fina y perfumada: son altas, garbosas, con cabellos largos y bien cuidados, delgadas, bellas, sin defectos de fábrica, “huelen a rico”. Son las consultantes, y han quedado atrapadas por la calidez de esa mujer a quien admiran y halagan con regalos lujosos.

Son asiduas, constantes, llegan porque su esposo las abandonó y las dejó su brillo; son divorciadas reincidentes o engañadas y quieren corroborar la traición de un amor; llegan en su carro último modelo Renault cuatro o en camionetas, casi ninguna trabaja y la mayoría ostenta una buena vida y parecen vivir para cuidarse.

El pequeño buda está sobre la mesa, la luz de la mañana aún es tenue en la ventana que da al occidente de Medellín. Ella se ha levantado desde muy temprano para atender la primera cita del día. Pacientemente pasa el algodón humedecido con alcohol por cada una de las cartas del tarot egipcio y se cerciora de que las imágenes de los 22 arcanos mayores y 56 menores queden limpias.

Todo está dispuesto: la cama matrimonial que ocupa solitaria en las noches da a un escritorio, con fotos familiares y frases de Desiderata, San Marco de León y San Antonio —el que hace volver los novios—; estampas religiosas y coloridas bajo la superficie de vidrio. El buda está sobre un cenicero de plata y tiene monedas y billetes en su base; a un lado, la virgen con un niño en brazos e iluminada con velones. En el dintel de la puerta, la penca con cintas rojas y verdes está amarrada a una herradura.

Por su suerte, su porvenir

Los diplomas de parasicología, los inciensos, las velas, las siete ramas de la suerte perfumadas con rosas y manzanas, así como las campanas traídas de Indonesia, dan crédito del oficio que ha venido ejerciendo durante casi toda su vida.

Reina Mejía siendo niña soñó con adivinar el futuro. Cumplidos los 18 años y con dos hijos pequeños a bordo y en embarazo del tercero, que sería mujer, aprendió a leer la baraja española, el cigarrillo y las líneas, de la mano de una gitana llamada Elisa Duarte, una vecina suya en Dabeiba, Antioquia. Se hizo a pulso en la lectura de las cartas, desde el día en que llegó el primer tarot egipcio a sus manos.

En el parto, a su madre le pusieron los santos óleos ya que peligraba su vida y la de la niña de ocho meses, que venía de nalgas. La partera, la madrugada del 7 de diciembre de 1938 —con la luz de una vela— recibió a Reina Mejía, la primogénita de Sofía Mejía, y aunque a su padre nunca lo conoció, lo trae a escena, con un dejo de nostalgia, cuando recuerda que él emprendió un viaje de tres días por trocha y a caballo para verla, y que en ese tramo se comió una lata de sardina con fecha vencida y se murió. “Soy hija natural”, y hace énfasis cuando dice que Luis Eduardo Salazar, su padre, era un hombre de buena familia, alto, blanco y de ojos claros, que le dejó varias casas como herencia, pero que estas le fueron arrebatadas por sus tías, quienes luego vieron cómo se esfumaron de sus manos, llevadas por las aguas, tras una inundación en Guadalupe, Antioquia.

A los dieciséis años se enamoró de un muchacho de barrio, mestizo, pendenciero y coqueto que luego se convirtió en policía, ingresando a esa institución tras presentar un certificado de adhesión al Partido Conservador, siendo liberal hasta los tuétanos. Los hijos vinieron como un milagro, uno tras otro, nueve en total, pasando así gran parte de su vida embarazada: “hubiera tenido 20, 30 hijos si hubiera podido. Estar embarazada era para mí la felicidad más grande del mundo”.

Su voz es dulce y no ha perdido el brillo ni se ha desgastado con los años:

Yo era maestra. Estudié pedagogía hasta segundo de primaria en la escuela La Modelo, que quedaba por Bolívar —cerca al Hospital San Vicente—, que antes se llamaba la Pedro Pablo Betancur. Me daban clases de geometría, taquigrafía y ciencias naturales. Tenía doce años y me encantaba estudiar; lo que más me gustaba era Historia Patria, y era muy mala para el dibujo. Recién casada mi esposo estaba muy enfermo y yo dije: voy a poner un kínder para que me entre algo de plata. En la sala improvisé un kínder y todos los días recibía a los niños, les cantaba canciones y así les enseñaba las vocales y refranes; algunas veces los castigaba con dos piedritas en las manos levantadas hasta que se cansaran, pero ellos me querían... también les decía refranes: con j se escribe tejemanaje, no se empedeje deje de joder, julio mejía con sus hijitos y su herejía y su mujer; con z se escribe azar y vergüenza, bizcocho, durazno, azafrán...

La lectura

Cómo estás Reina, le dijo. Un tinto y algunas palabras con la mujer que le había leído las cartas a Pablo Escobar y que ahora él —como periodista, que narró los secretos del temido narcotraficante, en su libro *La parábola de Pablo*— visitaba con curiosidad.

Su cargo pendía de un hilo por orden del procurador de turno (el temido señor

Ordoñez, que al sonreír mostraba una satisfacción macabra). Sin escoltas, el alcalde de Medellín, Alonso Salazar Jaramillo, se sentó frente a doña Reina, separados por un escritorio immaculado, y un fajo de cartas en el centro.

Con sus manos blancas y las uñas pintadas de rojo, el tarot egipcio fue explayando una a una las imágenes, como un fresco recién hecho: “Por su suerte, su porvenir, quién lo piensa y con quién triunfa... a su derecha...”. Allí estaba la Torre encendida en llamas, la Parca en primer plano y una noche estrellada con perros aullando / la carta de los enemigos ocultos/ fueron señaladas con el dedo índice de la adivina que abrió sus ojos y luego entre respiros y gestos contrariados dijo: “*Bueno, doctor...*”. “No me digas doctor, Reina”. “Es que no sé decirle de otra manera, y usted sí que es un doctor grandote”, dijo riendo como una niña que no revelaría sus más de 72 años.

Usted tiene muchos enemigos, ¡pero muchos! Una persona muy poderosa, mire a aquí la carta del emperador, lo quiere es aniquilar; pero no se preocupe, todo saldrá adelante. Lo que se viene para usted es mejor que lo que está sucediendo ahora, y las cosas estarán bien; mire a aquí el sol venciendo el peligro y usted saliendo adelante de todos los obstáculos. A usted no le va a pasar nada, esté tranquilo.

A los tres días del encuentro destituyeron al alcalde Alonso por quince años. Una llamada a la pitonisa le dijo: “oye Reina, ¿y no dijiste pues que a Alonso Salazar no le iba a pasar nada?, le dieron inhabilidad”. “Y qué es Inhabilidad —respondió ella—, yo no sé qué es eso y, además en el tarot eso no sale. Yo estoy segura de que todo saldrá bien y que no tiene de que preocuparse”.

Al cabo de dos años, en el 2014, una decisión del Consejo de Estado retrocedió aquello que parecía irreversible, el exalcalde de Medellín Alonso Salazar restauró su dignidad y quedó exonerado de todo cargo.

“La primera vez que vi a Pablo Escobar”

Por azares de la vida —esa mujer que le avizó una suerte tardía al alcalde Alonso era la misma que treinta años antes le vaticinó el destino a Pablo Escobar—, llegó a la casa de ese hombre que se ganaba la vida vendiendo chance. En la sala le dijo: “Usted va a tener muchísima plata, hasta para tirar para arriba, pero ese dinero será su muerte, su perdición”. La carta de la fortuna —que significa riqueza— salió al lado de la Torre, una de las cartas más temidas y fatales; en esos momentos Pablo Escobar no le creyó.

Al cabo del tiempo, “la tía” (como la bautizó para despistar a los curiosos) frecuentó muchas veces al capo. Se encontraban en hoteles, en casas de amigos, en restaurantes, en fincas. La consultaba y le hacía caso para moverse y actuar. Estando en la hacienda Nápoles —esa pequeña África, hecha al capricho y ubicada en pleno corazón de las selvas antioqueñas—, Pablo Escobar le preguntó

por teléfono por su seguridad, y ella le dijo que debía salir, que los limosneros —como le decían en clave a los policías— lo iban a coger. Él tenía terror de que lo atraparan, eso significaría el infierno. Inmediatamente atendió la advertencia y se lanzó al río Cauca nadando. Cuentan que llegó sano y salvo hasta Medellín.

Pablo era un hombre apuesto, de bigote, alto; no era una estampa, pero era muy querido; todos le decían el Patrón... Recuerdo que un día envió a una persona y me hizo salir de un velorio, y a la hora hubo una balacera tremenda y mataron a mucha gente, sin respetar siquiera al muerto en mitad de la sala. También recuerdo que a Pablo le encantaban las mujeres, sobre todo las jovencitas. Era muy generoso y muy humano, yo creo que la gente lo volvió malo. Muchos lo traicionaron y se le robaron las rutas del negocio... Recuerdo una vez que Wendy, una novia joven y muy hermosa que Pablo tenía, estuvo en mi casa y me dijo: “Estoy saliendo con un guardaespaldas de Pablo; me tiene loca y estoy muy enamorada”. Yo le dije: “No te pongas en esas, recuerda que Pablo es muy celoso tanto de sus rutas como de sus mujeres... aquí sale que te va a pillar”. A los meses Wendy fue encontrada en la maleta de un carro, sin vida, al lado de su amante.

La cita

El teléfono gris del disco redondo no para de sonar; desde muy temprano comienzan a solicitar turnos, y preferiblemente separan las citas para los martes y los viernes, días en que, según la pitonisa, las cartas se leen mejor, sale más de lo que necesita saber. La madre de los nueve hijos es “robada” por largas horas, y las ganas de tener una madre normal comienzan a hacer mella. Desde las siete de la mañana inician las extenuantes faenas que terminan a la media noche.

Un dolor de cuello, que queda después de tanto trabajar y haber usado los poderes de la mente, dice, solo se calma con cristales calientes de penca en la espalda y las papas recién cortadas en gajos sujetadas por un pañuelo blanco a la cabeza.

Pero a las clientas el tarot se les ha convertido en una necesidad biológica; el mundo no se mueve sin los consejos de la adivina. Llegan desde muy temprano, invaden la intimidad de la casa entre las madrugadas de un papá policía de tránsito, los quehaceres domésticos y las tareas de los hijos adolescentes, así como la vida laboral, que apenas comienza, de los hijos mayores.

La mayoría de los días, la casa está llena de “clientas”; solo algunos hombres piden cita y se atreven a que les adivinen el futuro. Mujeres sentadas en la sala, en las camas, en las sillas de la cocina, aguardan la lectura del tarot. Hay días en que hasta treinta personas pueden coincidir en turnos largos y demorados —cada lectura alcanza los cuarenta minutos—. Al salir, algunas caras muestran alegría o satisfacción; otras, preocupación por los vaticinios de la pitonisa.

Las lecturas del tarot la refuerzan con “los baños” que se debe echar los martes y los viernes. Son siete ramas para la suerte, sugeridas por la adivina; un líquido marrón que va empacado en botellas de vidrio: ruda, albahaca, yerbabuena,

limoncillo, botón de oro, romero y eucalipto, cocinadas todas juntas y llevadas al toque final de la pócima con miel de abeja y cidronela. Se deben utilizar, repite ella, por nueve días en el cuerpo —del cuello para abajo—, se deben cerrar los ojos y decir la frase “Jesús de Nazaret, así como entraste a Jerusalén a sacar el mal y entrar el bien, te pido que entres a mi cuerpo, saques el mal y entres el bien”.

En las primeras citas aparecen las mujeres, no solo aquellas que peligraban por ser amantes de los nuevos ricos emergentes; cuenta Reina que a veces coincidían las esposas con los amantes, sin conocerse. “Recuerdo que llegó una clienta con su mejor amiga, y ambas querían entrar y leerse juntas las cartas. Yo noté algo raro en la lectura y le pedí a una de ellas que saliera, y a la que se quedó le dije: “Vos estás saliendo con el esposo de ella, y lo más grave es que ese hombre se te va a morir estando con vos, y todos se van a enterar”. Efectivamente, ese hombre se murió estando con ella en un motel, y alcanzó a llevarlo al hospital, pero allí murió. Sin resistirse al amor, y con el dolor reciente, se fue hasta el cementerio y allí gritó y lloró desconsolada. Hubo pelea, jalones de pelo y hasta disparos que tuvo que esquivar huyendo de allí.

Mujeres como esas llegaban todos los días, pero también aquellas que se disputaban un lugar entre los hombres y su poderío rapaz y sanguinario. Elvia Cano, por ejemplo, era de aspecto varonil, de cabello corto y ademanes fuertes; manejaba directamente gran parte de los negocios. Un día llamó a Reina a contarle que soñó que su cabeza era una cáscara de huevo que chocaba contra una pared. Amenazada, por ir más allá de los límites de la oscuridad donde hasta la propia sombra engaña, se encerró en su casa por muchos días y se dedicó a fumar y a leer revistas; solo aquella tarde en que decidió salir para recibir un poco de aire, varios hombres que la esperaban entraron a su casa, y en el garaje le vaciaron en la cabeza todas las balas del arma que llevaban.

Esas clientas patronas, las que asumían negocios por su cuenta, las que daban órdenes y eran truculentas como los hombres curtidos en el rol de la trampa, fueron cayendo una a una. Ese efecto dominó redujo los ingresos de la pitonisa, que luego se equilibraron con la llegada de otras mujeres, “las de cuna” que buscaban sus lecturas por la fama de la que ya gozaba en Medellín y sus alrededores. Los carros lujosos duraban horas parqueados en la calle cerca a su casa, en un Manrique decrepito con las casas vecinas despintadas, la calle en asfalto a medio hacer, y ese aire ambiguo entre tranquilidad y peligro que se respiraba por todos lados.

Elisa, una mujer alta de piel canela, ojos grandes y expresivos, de trato amable, era una de las consultantes que más la visitaba, y era toda una revolución en la moda: no usaba ropa interior, y lo hacía evidente con sus largas batas transparentes. Fue la primera en abrir un centro de belleza en El Poblado, en una casafinca con árboles frutales, totumos, mangos y nísperos. Allí, muchas mujeres de clase alta

probaron por primera vez las bondades del sauna, el turco y los masajes. Casi siempre llevaba su cabellera roja suelta y desordenada —una llamarada— sobre el pulido rostro. Una vez, Reina la esperaba para su infaltable cita de los martes, y ese día no paró de llover. Apareció en la puerta, con una sonrisa plena y el exquisito perfume que la distinguía; llegó con la cabeza rapada diciendo que era la última tendencia en el mundo, que ello permitía crear un canal entre el universo y el cuerpo como vehículo para purificar las energías. Esa tarde invitó a los hijos de Reina a bañarse desnudos en el patio central de la casa para recibir ese chorro de agua frío y potente dando saltos y cantando.

Reina de espadas

Sigue siendo una mujer festiva desde aquella vez cuando cumplió sus 25 años de casada con el policía de tránsito e hizo una fiesta que paralizó la cuadra del barrio Manrique donde vivió por más de cuarenta años, a lado de vecinos que sobrevivían como obreros, empleadas domésticas, trabajadoras en bares, albañiles y trabajadores independientes, quienes tenían familias numerosas y con necesidades como las suyas, con las afujías para dar techo, comida y estudio a los hijos, tras la hazaña de llegar a la universidad.

Ese siete de diciembre de 1979 se maquilló los ojos de un negro profundo, se pintó el rostro, se arregló el pelo con bucles y estrenó vestido. En sus tacones de madera, y embriagada —con un furor no acostumbrado en la sangre—, y ante el nítido sonar de un bandoneón, se transformó en una mujer salvaje: lanzó los zapatos a la calle y con un ademán de conquista cogió a su esposo de parejo y lo arrastró hasta el centro de la sala en medios de los aplausos a la espontánea pareja paisa-argentina.

El tango llegaba eléctrico con sus sonidos del fin del mundo —con música capaz de retar la nostalgia de un alma en la oscuridad—. Él, con el sombrero gardeliano, su traje safari color mostaza y la camisa abierta, introducía los primeros pasos en sus zapatos blancos que se movían suavemente en la baldosa de mármol. Discreto y en un zigzag, se unía a los pasos de doña Reina hasta que terminaban entrelazados, como un imán de cuerpos, con los rostros juntos, mientras él hacía el esfuerzo por sostenerla. Era un solo cuerpo rodeado de aplausos, hasta que ebrios y a punto de caerse renunciaban al show. Él se retiraba con una enorme risa y un gesto de pequeña derrota al decir “no puedo con esta”.

La mirada de Reina es juguetona, sus gestos conservan la vitalidad de una infancia añeja. A sus 75 años y con las dolencias en su rodilla después de una prótesis mal hecha, no se deja bajar de pinta: se maquilla el rostro, se arregla el pelo y por lo general se tinte de rubio; usa ropa fina, lleva siempre las uñas arregladas y sandalias brillantes.

Ahora se mueve con dificultad y su caminar es lento, y aunque siempre fue obesa, conserva esa bella voluptuosidad de otros años. Basta encontrarla tomando café con leche en la sala de su casa, vestida con una manta guajira colorida, para ver a la matrona poderosa que sostiene el bastón y que mira con inocencia el paso de los días, entre algunas clientas que todavía la visitan y los hijos que no dejan de cuidarla en tributo a lo que ha sido y será, una madre trabajadora y amorosa.

Tiene la capacidad de reírse de todo y de todos, y de sacarle chistes hasta a su propia fatalidad, como aquel día que se leyó las cartas junto a un amigo entrañable y vio cómo iban apareciendo la Torre y la Reina de Espadas, que en el tarot juntas significaban un peligro inminente. Con estupor le dijo al hombre de estatura media, piel blanca, ojos maliciosos y pequeños: “Qué extraño, veo que me van a secuestrar y la persona que está detrás de todo esto sos vos; no puede ser, vas a ayudar para que me amarren”. Efectivamente, a los pocos días fue sacada de su casa con la disculpa de un trabajo a domicilio para hacer unos riegos a un negocio salado para la plata cerca al sector de Las Palmas. Estuvo cinco días en el desasosiego absoluto, y al regreso, con los estragos del pánico en su cuerpo, la mirada extraviada y la salud deteriorada, tuvo que hospitalizarse durante tres meses largos que la sacaron de escena. Sin embargo, encajó de nuevo en la cotidianidad, espantando miedos y retomando la confianza en ella y en los demás.

Esa niña que se obsesionó con la idea de adivinar el futuro —entre sus sueños—, que se veía diciéndoles a las personas cómo hacer una mejor vida, y que ha tenido en frente a cuanto empresario, cura, futbolista, cantante, monja, prostituta, narcotraficante o periodista la ha consultado, tiene la fuerza de decir las verdades más ocultas. El tarot ya no es el único medio por el que habla del devenir y la suerte de los otros. Su mirada fija revela lo que no se atreve a decir sin “permiso de los dioses”, porque verla y estar frente a ella es una revelación chamánica, o sostener una conversación con una Casandra griega en el presente.